

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*La Sra. Ristori, continuacion, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Certámenes literarios, por D. Mariano Batanero.*—*Un paseo á la Montaña del Príncipe Pio, por D. Mariano Ruiz-Lorenzo.*—*Fábula, por D. José Selgas.*—*Un matrimonio en la corte, por D. Julio G. del Busto.*—*Geroglífico.*

LA SEÑORA RISTORI.

CONTINUACION.

Mientras la eminente trágica siga siendo el asunto de todas las conversaciones de Cádiz; mientras que su nombre en todas partes se escuche, fuerza nos es el ocuparnos de sus tareas, siquiera mas brevemente de lo que quisiéramos y ellas merecen. Este sol de la escena moderna va á esconderse en breve para nosotros; preciso es que aprovechemos el tiempo.

Los artistas en la eleccion de las obras no se cuidan ni pueden cuidarse de otra cosa que del mejor partido que de ellas pueden sacar para el desarrollo de sus especiales medios. A ellos no toca el juzgarlas bajo el punto de vista de la crítica literaria, sino bajo el de las condiciones que aquellas les ofrecen para desplegar sus talentos de egecucion.

Estas observaciones generales nos servirán mas de una vez en el curso del presente artículo.

Todo autor escribe un final para una tragedia; en *Pia de Tolomei* se ha escrito una tragedia para un final. ¿Pero de qué especie?

Otras muchas veces lo hemos dicho: la muerte de enfermedad no armoniza con el trágico coturno. Los poetas y los pintores han representado siempre á Melpómene teniendo en sus manos un puñal sangriento, pero ninguno ha colocado en ellas una ventosa, ni una cataplasma, ni una caja de píldoras. Los pronósticos de Hipócrates tienen su lugar harto mas que en un escenario en las salas de un hospital, y solo el inmenso talento de la Sra. Ristori puede hacer terrible lo que en su esen-

cia es repugnante, y lo que habrá de serlo en otra actriz que no sea ella.

Digamos dos palabras de *Fedra*.

No vamos á tener aquí el mal gusto de atenuar la justa fama de Racine; pero fuerza es que se convenga con nosotros en que su teatro y el de sus secuaces no es sostenible hoy en la escena, al menos como base de un repertorio. Acaso no fué culpa suya; mas es lo cierto, como todos saben, que sus personajes no tienen de griegos ni de romanos mas que el nombre, y que Teseo é Hipólito están pidiendo á voces una casaca, unas medias de seda y un pelucon á lo Luis XIV. Una Fedra á quien se la habla de *vos*, y á la que se le llama *madame*, no podemos figurárnosla en nuestra mente sino con guarda-infante y abanico. Otro tanto sucede respecto á las costumbres, á las ideas, hasta á los sentimientos de los personajes. El poeta no transporta la corte de Versalles á Trezena, al contrario, hace que Trezena venga á Versalles para tomar su vestido, su language, su afectacion ceremoniosa, su cultura aristocrática, los miramientos galantes de su sociedad. Todo esto unido á la verbosidad de las escenas, á lo difuso de los parlamentos, á la intervencion obligada de los confidentes, y al irresistible deseo de hacer gala de una versificacion bien trabajada y á veces deslumbrante; pero frecuentísimamente inoportuna, hacen, como llevamos dicho, insostenible en nuestra actual escena esta variedad de la tragedia clásica, y aun pudiéramos añadir que todas las demás variedades de un género que ya no tiene vida propia, y eso por muchas razones cuya esplanacion no rehuimos por difícil, sino porque nos llevaria demasiado lejos.

La Francia, convencida de esta verdad, y deseosa de que no se hundan en el olvido tantas grandes producciones como en este género posee, ha consagrado á su representacion un teatro especial que subvenciona, y para el que se educan ciertos actores. En aquella especie de cuartel de inválidos de su literatura dramática se conservan los trofeos de antiguas glorias. Es un teatro para un público de eruditos; pero como estos no bastan á formar un público, hace algunos años que se ha permitido la entrada en él al drama moderno de alto género.

Resulta de lo dicho que aunque la tragedia clásica

sica no vive en rigor para los públicos de hoy, no faltan artistas que al menos puedan galvanizarlo y darle una vida ficticia á fuerza de talento y de arte. Tal era la célebre Rachel, tal es la no menos célebre Sra. Ristori. Ella triunfa en Fedra como triunfa en todo; pero despues de ella, ¿quién nos la ejecutará? ¿quién acudirá á oirla?

En medio de su repertorio trágico hemos visto surgir un drama; drama muy conocido, drama en que corre parejas la belleza de las formas con el cinismo de los personajes. Motivos hay para creer que tal era poco mas ó menos la alta sociedad francesa en los tiempos de Luis XV; pero falta saber si se permite á la escena lo que se permite á la historia, y falta tambien saber si la índole del público para quien la obra se escribió es la misma que la de los públicos de otros países. Aquel alarde de corrupcion, aquel desprecio de todo miramiento, de todo decoro, de todo pudor, aquellas mujeres prostitutas que hacen gala del sambenito, aquellos abates galanteadores, aquellos maridos libertinos, por fortuna nos repugnan todavía: quizá á fuerza de verlos lleguemos á tomarlos por modelo.

Magníficos recuerdos nos habia dejado en este drama nuestra distinguida compatriota Teodora Lamadrid, que es sin duda una gran actriz, y podemos decirlo muy alto para gloria nuestra, puesto que escritores estrangeros le hacen tambien esta justicia. La señora Ristori podia sin jactancia suya luchar con aquellos recuerdos, y lo hizo gloriosamente segun acostumbra. Esto no obstante, y hablando por nuestra propia cuenta, diremos que sobre todo en el cuarto acto no nos hizo olvidar ni por un momento á la Teodora, porque la interpretacion que esta da á las últimas escenas la tenemos por de mas efecto y por mas conforme á la intención del autor. Cuantos han leído el drama saben que en las acotaciones se prescribe que Adriana, durante el parlamento de Fedra, vaya aproximándose paso á paso á la princesa, hasta concluir señalándola con el dedo en aquellos versos que de propósito ha buscado para aludirla: arranque disculpable en Adriana celosa, y que no constituye una verdadera inconveniencia, toda vez que el descubrimiento de la historia del brazalete perdido ha hecho conocer á la reunion haber sido la princesa la heroína de la cita misteriosa dada á Mauricio en la extraviada casita de la *Grange-Bateliere*.

Francesca di Rimini, á quien el Dante por buenas razones sin duda coloca en el primer lago del infierno, y á cuya desgraciada pasion ha consagrado el mas bello episodio de su magnífico é inmortal poema, ha dado argumento á una tragedia de Silvio Pellico, escrita con muy buenas formas y en muy buenos versos, si bien la obra en general no está esenta de la languidez clásica. Vivificóla empero el gran talento de la señora Ristori, y no ha sido en ella ciertamente donde menores aplausos ha sabido arrancar al público.

Aun á riesgo de dejar por hoy incompleta esta reseña, que concluiremos otro día, fuerza es que adelantándonos al orden de los sucesos digamos que el domingo último se repitió la Judit, por

muchos deseada, y que al terminarse el tercer acto en medio de una lluvia de ramos de flores, una bella y distinguida señorita entregó á la señora Ristori una pulsera en que competia la riqueza con el buen gusto; dádiva de varias damas de esta ciudad. La eminente artista se mostró vivamente afectada por esta galanteria, y en todo el resto de la funcion llevó en su brazo el objeto precioso de tan delicado obsequio.

Diremos tambien que en la noche del miércoles tuvo lugar el beneficio de la espresada actriz. El teatro rebosaba de gente que la aplaudió con entusiasmo en *Camma*, tragedia de efectos bellísimos y superiormente realizados por la ejecucion. Concluido que fué el espectáculo, la Sra. Ristori fué conducida á la fonda de Cádiz, donde mora, en una lindísima carretera abierta que puso á su disposicion uno de los mas ardientes admiradores de todo mérito artístico. Al llegar allí, la música del regimiento de Iberia que la esperaba delante de sus balcones, dió principio á una serenata que duró hasta una hora muy avanzada. Una concurrencia inmensa llenaba la espaciosa plaza de la Constitucion, y lo apacible de una hermosa noche alumbrada por la luna daba mayor realce á aquella manifestacion tan espontánea como cordial que la juventud del Casino dirijia á la siempre aplaudida artista. Algunas señoras y caballeros de los que mas directamente habian inaugurado y llevado á cabo el pensamiento de ambos obsequios, subieron á saludar á la Sra. Ristori, que desde el principio se hallaba en uno de los balcones en compañía de su esposo y de sus hijos, siendo recibidos por ella con muestras de la mas señalada distincion y de la gratitud mas profunda y mejor espresada.

La gran actriz debe á estas horas haber dejado nuestros muros, porque la apremia una contrata para Málaga donde habrá de ejecutar cinco ó seis funciones. Dicese que á su paso desde aquel punto á Lisboa tal vez se demorará en esta ciudad el tiempo necesario para volver á presentarse en nuestra escena algunas veces mas. Ignoramos la exactitud de la noticia, aunque deseariamos se confirmase.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

CERTAMENES LITERARIOS.

En el número 841 de *El Estado*, correspondiente al 9 de Agosto último, aparece en un suelto la noticia de que la Sociedad Económica de Sevilla acababa de acordar un certámen literario para el inmediato Diciembre, señalando por temas una poesia á la Inmaculada Concepcion, otra á Murillo, y una memoria histórica sobre Colon.

Valencia tiene tambien anunciado otro certámen.

Córdoba y Granada han celebrado este año juegos florales, y Barcelona, séame permitido, en vista de estos antecedentes, dirigirme á *La Moda*, revista semanal de literatura, con unas breves indicaciones, por si son aceptables.

Resucitados en nuestros días los juegos florales, el tribunal de damas, la rosa de oro, y los ejercicios de *gaya sciencia*, solo falta que sus asuntos sean dignos; que contribuyan al verdadero progreso católico-nacional; que se trasformen las lides, de erótico-humanas, en erótico-divinas; de manifestaciones de amor hácia mujeres privilegiadas y dignas de fiel cariño, en manifestaciones de amor espiritual y perpétuo hácia la Bendita entre todas las hijas de Eva. Iniciar esa metamorfosis, tan interesante en el órden moral, como en la república de las letras, sería una dicha. Yo ambiciono para España esa gloria; y no para una de sus capitales, sino para todas las de provincia.

Al saber, con no pequeña satisfaccion, lo ya practicado en Barcelona, Granada y Córdoba; al observar lo que se prepara en Sevilla y Valencia; al considerar los temas propuestos, el alma, en verdad, se complace; pero echa de menos un conjunto metódico y uniforme, que enriqueciese nuestra literatura. Y sin embargo, nada mas fácil, como voy á probar.

El certámen anunciado en Sevilla pudiera celebrarse en todas nuestras provincias, en el mismo mes, y con el propio tema primero. De esta manera, se solemnizaria *literariamente* el mas memorable acontecimiento religioso de la presente centuria; España, que reconoce por Patrona de la totalidad de sus territorios á la Santísima Virgen, en el Misterio, español por antonomasia, de la Inmaculada Concepcion de María, definido como dogma de fé por el Sumo Pontífice Pío IX, no desmentiria su antiquísima y favorita creencia, y ofreceria una nueva demostracion de cariño á su dulce Madre; y no seria solá la Francia la que en obras monumentales consignase su fervoroso entusiasmo.

El segundo y tercer tema deberia variar en cada provincia, poniéndose en armonía con la historia de Nuestra Señora, singularmente en la advocacion mas venerada, y con los hechos histórico-religiosos, propios de cada localidad.

Sobran por fortuna talentos en todas partes, que competirian en agotar todos los primores de la elocuencia, y todos los encantos poéticos, en loor de la Llena de Gracia.

Tres medallas de oro, para las tres mejores composiciones, tres de plata para otros tantos accesit, y la impresion de las obras premiadas, hé aquí el costo que, en cada provincia, bastaria para el objeto.

De los tres premios y tres accesit, uno debia ser exclusivamente para los naturales de cada provincia; otro para los no naturales de ella, pero sí españoles; y otro para los extranjeros. Los doctos discutirían si debian ser estas recompensas iguales ó desiguales.

Así se podrian conocer y premiar los talentos de cada provincia en particular, los de la nacion en general, y los de otros paises que residan nuestro suelo.

Con este trabajo anual se enriqueceria nuestra literatura, porque cada provincia presentaria seis composiciones de mérito, y, reunidas las seis de ca-

da provincia con las de las otras provincias, resultaria una coleccion nacional muy selecta de poesía sagrada, toda en honor de María; y unos anales, por provincias, que descubrirían los nombres de los ingenios que mas sobresaliesen entre nosotros.

Los productos de la venta de cada coleccioncita provincial deberian invertirse en actos de caridad, á favor de los necesitados de la misma provincia.

Imprimiéndose en el mismo tipo, tamaño y forma estas coleccioncitas, todas las bibliotecas del reino podrian encuadernarlas juntas, y conservarlas en sus estantes casi de valde.

Si se quiere, se puede tambien imprimir gratuitamente y de oficio en la Imprenta Nacional de Madrid, con todo el esmero y lujo posible la coleccion general, cuyo producto en venta debiera asimismo invertirse en actos de caridad, y de tal manera, que ninguna provincia quedase escluida de ellos.

Con este fácil y barato sistema, se abrian á la literatura nuevas y amenas vias, que es de presumir recorriese con avidez.

¿En qué provincia no habrá fondos suficientes para iniciar y terminar esta piadosa empresa?

Y si hubiese plateros que, por obsequio á Nuestra Señora, regalasen las seis medallas, ó impresores que hiciesen gratuitamente la edicion de las composiciones premiadas ¿qué venia á costar el certámen?

¿Y no hay ya en España Mecenas ilustrados y generosos que tomen bajo su amparo á los trovadores y literatos, con gloria personal, y con prez, tanto local como nacional, de esta envidiada Península, madre de tantos santos y cuna de tantos sabios? En este siglo de adelanto y cultura, ¿ha de ser estacionaria la ciencia, y abolida la devocion á María y su culto literario, en el pais mas favorecido por ella? No por cierto; afrenta la ingratitud, y no cabe en pechos nobles y castellanos hacer gala de nota tan degradante.

Véase, pues, cuan á poca costa podemos imitar el laudabilísimo ejemplo que nos ofrece Sevilla.

Y Cádiz, que tantos elementos tiene para aventajar á provincias menos privilegiadas; que ve figurar en la redaccion de LA MODA plumas tan bien cortadas; que nunca es indiferente á lo bueno; Cádiz, repito, no desoirá esta demanda ni dejará de ponerla en práctica. En tres meses, tiempo tienen sus trovadores para prepararse y templar la lira, y para ennoblecer con sus elegantes rimas esa celebrada comarca, amante, como todas las españolas, de la Doncella-Madre, Emperatriz de los Cielos.

Una palabra para concluir; es repugnante ver morir en las brasas los nombres que no merecen los honores del triunfo; deberia abolirse esa costumbre perjudicial: proclamados que fuesen los autores de las obras premiadas, podrian publicarse los nombres de los que hubiesen tomado parte en la lid y conservarse sus trabajos. El incógnito creo favorece la imparcialidad de censura; pero una vez practicada esta y adjudicado el premio, ¿por qué silenciar cuantos han combatido en la lid, y con qué armas se han presentado? ¿La lista de los combatientes no demostraria la actividad de la in-

teligencia? No me determino á decidir este punto; la práctica está contra mí; los peritos desecharán esta observacion si les parece infundada.

Si con estas líneas consigo que Cádiz, ú otra provincia, ó todas, acepten mi pensamiento, mas que mia, será de LA MODA la gloria que de ello resulte á España. Sociedad Económica tiene Cádiz, y basta lo supradicho para que, si lo tiene á bien, imite á la de Sevilla.—Motril 1.º de Setiembre de 1859.

MARIANO BATANERO.

UN PASEO A LA MONTAÑA DEL PRINCIPE PIO.

CUENTO FANTÁSTICO ORIGINAL

DEL CORONEL

DON MARIANO RUIZ-LORENZO.

(CONCLUSION.)

Al cabo llegué á una habitación redonda, que formaba como una rotonda, segun llaman los arquitectos, en la cual y enclavada al parecer en el centro del techo abovedado de color celeste sembrado de estrellas de oro, habia una gran bomba de cristal cuajado que encerraba aquel gran foco de luz, y me quedé detenido á la entrada, admirado de lo que por grados se iba desarrollando ante mi vista; habiendo tenido que agarrarme al quicio de la puerta al querer dar un paso mas para no caer; pues siendo el pavimento de madera bruñida y tan reluciente como si fuera de cristal, su tersura hizo que me resbalase, y en poco estuvo que no diese otra vez con mi cuerpo en tierra, ó mas propiamente dicho, en madera.

Las paredes que circuián aquel sitio que parecia encantado, eran como una gasa que se transparentaba extraordinariamente, y en proporcion, que la bomba de cristal empezó á disminuir la luz, observé que iba aclarándose mas y mas un inmenso paisaje que se distinguia por detrás de la gasa; de manera que á poco me hallé en medio de una luz dudosa en la rotonda; pero cada vez con mas claridad aquellos inmensos horizontes que por todos lados se estendian ante mi vista: parecia que me hallaba en uno de esos grandes panoramas topográficos; pero ninguno tan grandioso como el que se desarrollaba ante mi vista.

Seria imposible dar una idea exacta de cuanto, á manera de fantasmagoría veia pasar; pues la ofuscacion de mi fantasía no ha cesado todavía, y me es imposible relatar todas las impresiones ya tristes, desgarradoras, ó bien agradables, seductoras, que percibieron mis sentidos. Allí veia amenos y frondosos campos por un lado, pastando inmensidad de ganado, y salpicados de lindas alquerías habitadas por honradas familias que dedicadas á las faenas agrícolas, presentaban el cuadro de la vida feliz, si esta no fuera interrumpida á menudo por varios hombres de siniestra catadura, de vida

viciosa y holgazana que los recorrian robando, asesinando, y cometiendo todo género de maldades; y hasta los templos en las cortas poblaciones, eran teatro de sus rapiñas, desapareciendo los vasos sagrados que iban á derretirse al crisol de los vicios, pues el hombre habia perdido ya aquel saludable freno que sujetaba sus pasiones, impidiéndole al menos ciertos actos atroces que con tanta frecuencia se repetian: por otro se veian desolados los montes por la rapacidad de muchos de los vecinos de los pueblos inmediatos que, á favor de la confusion é impunidad que producía la lucha de los partidos, los talaban desapiadadamente, inutilizando aquella fuente de riqueza nacional. Acá admiraba aéreos puentes, de graciosa arquitectura, que al primer temporal eran arrastrados por la corriente; y otras colosales y atrevidas obras, magníficas, deslumbradoras en teoría; pero que en la práctica no habian correspondido. Acullá se me presentaban locomotoras arrastrando por los ferrocarriles carruajes cargados de gente y de mercancías, y á pesar de esta gran facilidad en los transportes, todo habia subido de precio estraordinariamente, resultado contrario al calculado por entendidos economistas.

Por otro lado divisaba grandes poblaciones en cuyas plazas y á favor de los mecheros del gas, se veia una multitud famélica que gritaba, y á algunos que desde los balcones le arrojaban papeles impresos, como programas, con lo que se apaciguaban algo. Otros pueblos por cuyos caminos se veian atravesar los hilos telegráficos eran presa de las llamas; en otros, muchas y nuevas cátedras, mucho brillo de ciencia, gran desarrollo de admirables teorías, que solian muchas no corresponder en la práctica al bien social, supremo resultado á que el hombre debe aspirar: por último, y sobre aquel inmenso paisaje revoloteaban multitud de pajarracos, aves de mal agüero, símbolo sin duda, segun pude deducir, de la soberbia, la avaricia, la envidia, la ambicion y de todos los vicios que desgraciadamente infestan la sociedad; é interpolados con semejantes avechuchos cruzaban los aires muchas palomas blancas y pardas, llevando en sus picos gran porcion de las nuevas teorías políticas que dejaban caer, unas que podrian convenir al bien de los pueblos; y otras, arrojadas por las pardas, que sin duda debian ser perjudiciales, formadas por cálculos ambiciosos; porque cuando no caian dentro de la poblacion, á causa de que *el buen sentido* en forma de águila, estendiendo sus grandes alas las rechazaba fuera; el genio del mal en figura de un gran cuervo, las recojia y arrojaba á las calles y plazas públicas.

En una palabra, presentaba aquel caos, observándose como yo lo veia, los semblantes de la infinidad de personas que sobresalian en el cuadro, un conjunto tan complicado del bien y del mal, que no parecia sino que el uno y el otro estaban en lo mas fuerte de la lucha, hasta que se decidiese la victoria.

IV.

Con tantas impresiones como á cada instante recibia, no habia reparado en un gran arco situado frente de la entrada, el cual estaba cubierto con una gran cortina de terciopelo verde, y sobre él esta inscripcion:

Entrada al templo de la verdad,
en el siglo de las luces.

De repente se abrió un agujero en el pavimento y apareció como por escotillon, un enano vestido como nos pinta la historia antigua los bufones que habia en los palacios de los reyes, sin que le faltasen los consabidos cascabeles en las puntas de su arlequinado vestido; y señalándome con una varita la cortina, la tocó con ella y se descorrió, dejando ver unas puertas doradas, y á uno y otro lado dos negrazos de seis piés de estatura, vestidos á la antigua española, empuñando cada uno una enorme maza de hierro y con mirada tan airada, que parecia echaban fuego sus ojos.

Tocó seguidamente la vara del enano las puertas y se abrieron de par en par; entré por ellas y me hallé en una especie de templete perfumado, compuesto de columnitas con su elegante cúpula artísticamente trabajada, alumbrado por una suave luz que no acertaba á ver de donde provenia: á la izquierda noté un suntuoso trono dorado, cuyo dosel era tambien de terciopelo verde recamado de oro, con un letrero formado al parecer de letras del mismo metal sumamente relucientes que decia: *La Verdad*; en él se hallaba sentada una hermosa matrona parecida á la Venus que nos pinta la antigüedad en el templo de Pafos: próximo á los piés del trono estaba el genio del bien simbolizado por un gallardo mancebo, el cual se hallaba en actitud meditabunda, observando como al descuido al genio del mal, representado por un cuervo que asomaba la cabeza por una de las claraboyas del templete.

No sabia que hacer; si prosternarme al pié del trono y pedir perdon por mi imprudencia en haberme introducido en aquel antro, vedado sin duda á los profanos, ó esperar á ser interrogado. Al fin, el genio del bien me preguntó:

—¿Con qué intento habeis tratado de profundizar los arcanos que aquí se encierran?

—Señor.... —le respondí.

Pero él me interrumpió diciendo:

—Aquí no hay señores: estè es el templo de la verdad, la cual no distingue á clases ni condiciones; es de todo el que la busca, porque no desea engañar ni engañarse.

—Pues por allá arriba, —le repliqué — á pesar de estar aquello tan democratizado, todos á porfía, y sin reparar en los medios, todos quieren ser señores.

—Eso consiste — me contestó — en que la mentira es la que mas predomina entre vosotros. Vamos, habla, contesta á lo que te he preguntado, y que sea con sinceridad, porque de lo contrario, serás espulsado sin saber lo que deseas.

—Lo único que me ha movido á introducirme aquí, —le dije — ha sido la curiosidad que produjo en mí, aquellas inscripciones de la losa que cubre el camino subterráneo por donde he venido, y el deseo de poder descifrar aquel geroglífico del leon y de la hada.

—Pues vuélvete, y aclarado tu ingenio con el ambiente que presta este sitio, lo descifrarás con toda la verdad que en sí encierra.

Volvime en efecto, y hallé esculpido en la pared, frente del trono, con caracteres cual si fueran de fuego, las mismas inscripciones, que por cierto leí fácil y naturalmente, y el mismo leon y la hada, cuya alegoría descifré sin trabajo en estos términos:

"Aquel leon, emblema del espíritu público, que está aletargado por las sofisticas teorías de que se halla impregnada la atmósfera, permanecerá así hasta que venga el huracan del desengaño que traerá la hada, la limpie, y enseñoreándose de ella el genio del bien, haga lucir el sol de la verdadera y bien entendida libertad, que dé la necesaria dignidad á la criatura, conforme á su respectiva posicion social, proteja la inteligencia y el trabajo, que es el verdadero patrimonio del hombre y estienda por la sociedad esa confianza, ese bien estar que produce el ejercicio de las virtudes, única salvaguardia contra el genio del mal, que tanto ha ido estendiendo su vuelo!...."

Cuando, como inspirado concluia de descifrar cuanto comprendia mi mente, noté que el cuervo hacia visajes, se movia, y por último, que dando un fuerte graznido, desapareció.

El genio del bien, convirtiéndose de improviso en una hermosa sílfide, partió rápidamente saliendo por la claraboya, sin duda para no perder de vista al cuervo.

Entonces se dejó oír la voz de la linda matrona, que desde su trono me dijo:

—Has descifrado todo con la mayor exactitud, y creo que irá satisfecha tu curiosidad.

—Ciertamente, benéfica deidad; le contesté; pero querria saber, sinó creéis imprudente mi pregunta, cuando vendrá ese deseado huracan, que apacigüe de una vez, tanta cabeza trastornada como bulle por allá arriba.

—Ya lo has podido comprender: — me replicó luego que el desengaño haya traído á punto de madurez al espíritu público, y ruja el leon anonadando á la ambicion y al egoismo, que huirán avergonzados é impotentes á esconderse en las entrañas de la tierra, como yo lo estoy ahora y permaneceré, hasta que desaparezca de entre vosotros el genio del mal.

—Pero, hermosa matrona, — le añadí — ¿por qué se ha de retardar tanto ese supremo bien, cuando no todos somos culpables de esa turbulencia que tiene agitada á la sociedad?

—Es cierto — me respondió — que el genio del bien tiene de su parte una porcion de la sociedad, y que apoyado en ella, cuando ha podido contrarrestar á la otra porcion, ha conseguido que la buena fé, la inteligencia, el mayor desinterés y una

decidida voluntad hayan inspirado por allá arriba los deseos de conciliar los ánimos, revueltos al calor de la ambición, escogitando medios para combinar el ir satisfaciendo las aspiraciones legales en que están divididos, con especialidad aquellas que son realizables.

Pero como apenas se ha empezado á plantear la obra, le ha salido el encuentro el genio del mal por medio de sus energúmenos agentes, quienes arrastran á otros que tal vez de buena fé son instrumentos para que zozobre la idea mejor concebida, acosando á los hombres del poder con las oposiciones, infecundas cuando son bastardas, sin que tengan en cuenta, ya sea por ignorancia ó ya por malicia las consideraciones, bien sean diplomáticas ó ya elevadas de otra índole con que un gobierno tropieza á cada paso en su marcha; no siendo fácil que en el corto tiempo que por semejante lucha permanece en el poder logre dar resultado alguno el plan, ya político ó ya económico que se hayan trazado; he aquí por qué, hasta que llegue á su verdadera madurez el desengaño y predomine en la mayoría el buen sentido para comprender sus verdaderos intereses, no es conveniente que se egerza con violencia lo que el tiempo hará, facilitando al huracan del desengaño que limpie la atmósfera de los miasmas dañosos, que el genio del mal ha arrojado con su pestilente hálito.

Aquí iba la matrona, cuando de repente se oyó á lo léjos retumbar el trueno, los relámpagos se vislumbraban de vez en cuando por las claraboyas y un ruido sordo como de lluvia se dejaba sentir claramente.

—El genio del mal—continuó la matrona—anda por allá arriba haciendo de las suyas. No sabemos si el genio del bien, que ha ido en su seguimiento, podrá calmar la tormenta que empieza á bramar sobre vuestras cabezas.

—Pero, benéfica deidad,—repuse—¿no podriais con vuestra influencia, salvar á tanto inocente como padecerá?

—Mientras no ceda esa obcecación que reina y que impide distinguir las cosas bajo su verdadero punto de vista, no es fácil sea atendida *la verdad*. Ea, basta ya de esplicaciones, que han avanzado mas allá de lo que debiera ser; y pues está satisfecha tu curiosidad, ya que tu destino quiso que tropezaras con la losa, te volverás arriba por distinto camino del que has traído, que no pisará mas ninguna profana criatura.

Dijo: y haciendo una seña al enano, que me tocó con su varita, empecé á sentir un adormecimiento, cual si un narcótico fuera dominando todas mis facultades. Oí en seguida un estampido parecido al disparo de un cañon de á veinteicuatro, y sintiéndome como transportar por los aires, no supe lo que me pasaba, hasta que el frio hizo que fuese volviendo en mí y reconociera que me hallaba sentado á la puerta del palomar que está allá arriba; de lo que deduje que, horadando la tierra, habia subido á salir por la cúspide de esta montaña; y aun observé como un hoyo que tenia á mis piés, que seria sin duda el escotillon que me arrojaría fuera.

Se fué haciendo tan intenso el frio, que me hizo perder de nuevo el sentido, y cuando volví otra vez á recuperarlo, me encontré en mi cama, medio destapado con lo que habria bregado despues que en ella me acostaran.

Empecé á dar voces, llamando á mi mujer; vino asustada y sin acabarse de vestir, y le pregunté, que quien me habia llevado á casa. Mas me quedé admirado cuando me contestó, como con extrañeza, que quien habia de haber sido mas, que mis piernas.

—¿Cómo!—le repliqué—¿mis piernas, y sin haberlo yo sentido?

—Vamos,—me respondió—tranquilízate, arrópatte que estás helado, y duerme que aun es temprano.

—Pero.... ¿á qué hora he venido?—volví á insistir.

—Viniste al oscurecer,—me replicó—y te acostaste á las diez, como de costumbre. Ea, ya estás satisfecho; sosiégate y déjate de esas manías que te se meten en la cabeza.

Me arrojé, y se marchó.

Pero yo que no podia parar en la cama al recordar cuanto me habia pasado, y que revolvia en mi mente las contestaciones que habia recibido de aquella hermosa matrona, me ocurrian mil preguntas mas que dirigirle. Aguijoneado por este deseo, las horas se me hacian siglos; hasta que llegado el medio dia, volví aquí á contemplar aquella losa, que tantos misterios encierra y ver si podia introducirme de nuevo. Mas ahora recuerdo aquellas precisas palabras de la deidad. *Te volverás por distinto camino del que has traído, que no pisará mas ninguna profana criatura.*

V.

Aquí interrumpimos la estraña, aunque divertida narracion de aquel sugeto, manifestándole que tenia razon, y que por eso no seria fácil que volviese á encontrar la losa. Y como ya empezaba á ocultarse el sol, le invitamos á retirarnos de aquel parage, donde el frio se dejaba ya sentir bastante; pues si bien nos habia hecho pasar un buen rato con el desarrollo de lo que pasaba en su fantasía, no pudimos menos de compadecernos al considerar, que su cerebro deberia estar enfermo, infiriendo seria algun maníaco de los muchos cuya razon se halla algo trastornada, á causa de los disgustos que ofrece la época.

Y con efecto, no nos engañamos; pues habiéndole acompañado sin contradecirle en nada, que es el medio mejor para no exacerbar una imaginacion calenturienta, llegamos á su casa, nos abrió la puerta su esposa, que manifestó hallarse con mucho cuidado por lo que tardaba, y supimos que era un antiguo, inteligente y honrado empleado que, desde que lo habian dejado cesante, sin otra causa que la de querer colócar en su puesto á un jóven que empezaba á servir, se habia trastornado su razon, sacando por consecuencia, que todo aquel cuento que él creia como realidad, seria un sueño

que habria tenido aquella noche pasada, y que la endeblez de su juicio no le habria dejado discernir lo fantástico de lo real.

Y nos confirmamos mas en esta idea, por cuanto á que todas las imágenes que habian cruzado por la fantasía de aquel hombre, no eran otra cosa, si bien se mira, que un reflejo de lo publicado de cinco ó seis años á esta parte por la prensa periódica en general, y mas especialmente por la de oposicion, que exagera comunmente cuanto ocurre, y que es la lectura habitual de todo aquel, que justa ó injustamente se halla resentido con el gobierno.

Despues de saludar á aquella señora, cuyo semblante manifestaba claramente la pena con que veia á su marido en aquel estado, y de ofrecernos en cuanto pudiéramos con nuestras relaciones influir en beneficio de aquel desgraciado, nos vinimos á nuestra casa á escribir lo ocurrido en el paseo de aquel dia, por si de ello puede resultar algun beneficio en favor de las muchas personas que puedan hallarse en semejante caso, cuyas cesantías tengan un origen igual ó parecido, y con la doble idea tambien, de que pueda servir el cuento, de solaz á nuestros lectores.

FIN.

FABULA.

EL PEZ CON ALAS.

Cansado de vivir entre las olas
Un pez que nueva vida apetecía
Esclamaba á sus solas.
¡Qué dichoso sería,
Si la grandeza de los dioses suma
Por favor especial me concediera
Agiles alas de ligera pluma;
Y rápido pudiera
Dejando las regiones de la espuma,
Como el águila sube,
Vagar por las regiones de la nube!
Júpiter lo escuchaba
Y al ver el sentimiento
Con que volar el pez ambicionaba,
Alas le dió con que cortara el viento.
Y apenas, infeliz, hubo salido
De su propio elemento,
Encontró su vigor desfallecido,
Bate las alas y al instante llega,
Donde el águila sube,
Quiere ver y lo ciega
El vapor de la nube,
Se estremece, vacila,
Y muerto cae sobre la mar tranquila.

Aunque de mas se sabe
Lo justa y natural que fué la muerte
Del pez que quiso asemejarse al ave,
Ninguno está contento con su suerte.

José SELGAS.

UN MATRIMONIO EN LA CORTE.

Uno de los sitios adonde acuden los elegantes á refrescarse en éstos dias calorosos, es el Prado.

Fijemos la atencion por un momento en la parte del paseo que llaman París, y observemos entre la concurrencia á un jóven de buen talante y asaz compuesto que camina con la vista vuelta hácia un un lado, mirando á la multitud de carruajes que magestuosamente dan vuelta en derredor del salon.

De pronto se separa de este lugar, y emprende su marcha aceleradamente, siguiendo la pista á una carretela que al trote largo sube por la calle de Alcalá.

Despues de haber corrido, llega á un punto en que el carruaje se paró, y allí descansa del mal rato, por supuesto de pié. Permanece en la misma posicion por espacio de una hora, sin separar sus ojos de los balcones del primer piso de una casa; pero.... nada.

Dá media vuelta, y pronunciando en su interior la palabra paciencia, se va no sabemos donde, con propósito de renovar la escena al dia siguiente, ó lo que es igual y en términos técnicos, *de hacer el oso*.

No nos fatigaremos en describir los paseos y saludos, los primeros dados por la acera, los segundos dirigidos á las persianas.

Aburrido nuestro pollo, encuentra un dia á un amigo y entabla el siguiente diálogo:

—Hombre; me alegro encontrarte. Dime, ¿eres visita de las señoras de N...?

—Chico, no; contestó el interpelado.

—Pues señor, lo siento: créte que tenia necesidad de visitarlos, para poder asistir en el próximo invierno á sus brillantes soirées, porque francamente....

—Ah! sí: ¿vas á hablarme de la hija? Comprendo. Yo no te puedo presentar; pero lo hará un caballero, á quien trato con mucha confianza, que no no me negará este favor si se lo pido.

—Te agradecería en extremo....

—Nada, nada, queda hecho. Pásate el jueves por mi casa y te daré razon.

—Ya sabes que puedes mandarme....

—Bien, bien: hasta el jueves.

Márchanse cada uno por su lado, y nuestro elegante se dijo: *Me conviene; por el lujo que gasta.... vive un piso principal y en la corte.... debe tener un buen dote.... vamos, no hay que darle vueltas; es lo que necesito para ser feliz.*

Llega el jueves, se ven los dos amigos; y aquella noche por una rara casualidad hay un concierto en casa de la señora de N.... y presentarán en él á nuestro paseante.

Vuelve corriendo á casa, se estira y se perfuma.

Es admitido en la reunion.

Mira á un lado y á otro, ve á la señorita de la casa, y despues de haber oido tres ó cuatro piezas de música buenas ó malas, se dirige á ella y le pondra la brillantez de la soirée.

Acaba la música, se danza un poco, y en medio de la voluptuosa animación del baile la dirige en un principio palabras lisonjeras, que escucha ella con una sonrisa, después la habla con ternura que no es mal acogida, y concluye por decirle que no hay vida para él sin su amor.

Entra aquí la coquetería de la niña que no quiere creer. Esfuerza el galán sus argumentos, y á vuelta de las protestas de costumbre, queda convenido que si él la dá algunas pruebas, se vencerá.

Terminase la función; despídese el pollo de los señores de la casa con profundas y estudiadas reverencias, no sin dirigir particularmente algunos cumplidos á la mamá de su ídolo, que queda prendada del *talento* del jóven.

Empiezan á bullir en su cabeza los proyectos de pruebas amorosas que al día siguiente ha de poner por obra.

¡Qué de paseos, de miradas lánguidas, de corridas tras del coche, de tristes y lamentables posiciones! ¡Cuánto daría por perder el color y adelgazar! Pero.... en vano: el amor no le quita el sueño.

En vista de estas *pruebas inequívocas*, aumentadas con melífluas epístolas y juramentos infinitos, no puede menos de convencerse la niña del profundo amor de que es objeto, y corresponde.

Llega el invierno, empiezan las soirées: crece con el trato la intimidad, se aviva el deseo de ser felices, como Dios manda, y hablan en fin ambos jóvenes de matrimonio.

Mas para llegar á realizarle son necesarias ciertas circunstancias.

Empieza el novio por asediar á la mamá, quien desde luego conoce el *talento* del caballerito. Diríjese después al papá, quien supone en el pollo, juzgando por las apariencias, discreción y una regular fortuna.

Después de marcharse nuestro hombre, quedan solos los progenitores de la señorita, y empiezan entre ambos esta conversacion:

—Mujer, ¿sabes que ese jóven es muy fino?

—Oh! y tiene mucho talento.

—Lo creo!

—Pues mira; he observado que dirige miradas muy tiernas á nuestra niña. Qué te parece?

—Pst.... no me disgusta: porque al fin á mí el cariño no me ciega: nuestra hija tiene ya diez y nueve años, y por consiguiente no debe dejarse pasar el tiempo. Además él es de buena familia y tendrá algo.... nuestros negocios no están muy buenos.... si se casa ahorramos gastos.... de modo que me agradan los obsequios que ese jóven....

—Ya me lo figuraba yo! Es muchacho muy bueno y.... tan listo!

—Mucho! mucho!

Pasan algunos días.

El pollo escribe á sus papás, que está perdidamente enamorado de una señorita, bella cual la rosa, tímida cual la tórtola: de una señorita rica, de una familia distinguida que tiene coche y dá reuniones magníficas á que asiste la nobleza: deduciendo de estos antecedentes, que es una proporción magni-

fica y que por lo tanto espera se dignen dar su consentimiento para pedirla.

Reciben aquellos la carta, y contestan á los tres días dando la aprobación deseada. Es de advertir que el padre del jóven es un digno empleado que desea se proceda sin engaño, y encarga al hijo que manifieste á los futuros papás que no tiene otras rentas que su carrera.

Así lo hace; pero no importa. El chico tiene mucho talento, y se labrará una fortuna brillante, porque ¡eso sí! nuestro dandy siempre hablaba de la afición á las ciencias.... que no cultivó jamás.

En consecuencia acéptase la proposición por parte de los papás de la novia; pero el novio cree que antes de comprometerse del todo tiene que atender á su porvenir. Quiere saber con cuanto puede contar la futura esposa, y para ello toca en la primera oportunidad la cuerda, hablando en la inmediata soirée con la mamá, de las *dotes* en general, con el fin de ceñir la cuestión á su particular interés. Dá una y mil vueltas al asunto, y por último se entabla entre aquella y el pretendiente este diálogo de costumbres.

(Se concluirá.)

JULIO G. DEL BUSTO.

Solucion del geroglífico anterior.

A viento fuerte llega la muerte.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

